

EDUCAR PARA LA *Tolerancia*

Nuestro tiempo está preocupado por la Tolerancia, y a tal fin se decretó el año 1995 por la ONU como «Año Internacional para la Tolerancia», aunque pasó sin pena ni gloria, con unas tímidas proclamas lanzadas al viento cuando éste ya se extinguió.

Aquellos que nos hemos comprometido con la Filosofía, —entendida como «amor al conocimiento»— sentimos que las palabras vacías de contenido no aportan nada serio a la sociedad, y nos preocupa que no vayan acompañadas por una actitud acorde, constante y reiterada, vivida a diario.

Para ser tolerante hay que ser consecuente con este concepto no sólo cuando se nos daña, sino día a día, ya que ser tolerante es una actitud que nace del alma cuando se ha comprendido filosóficamente, cuando se está dispuesto a dar parte de sí por mantener la tolerancia, y cuando su significado se transmuta en una vivencia interna y externa, que se torna cotidiana.

La Tolerancia y sus valores

Podemos definir la tolerancia como «*el respeto a la forma de ser y de pensar de los demás*», según expresa Bernabé Tierno.⁽¹⁾ Pero algo tan amplio es difícil de resumir en pocos vocablos. Relacionando el concepto «tolerancia» con ideas afines, encuadraremos mejor su significado. Para ello, nada mejor que exponer una serie de valores relacionados con la tolerancia:

El respeto a los demás, que nos ayuda a aceptar los como son, y a comprenderlos. En virtud de este respeto a los demás, les motivaremos a extraer sus mejores valores humanos, los alentaremos al amor, al esfuerzo, a la dación generosa, a la voluntad, a su sentido de la justicia, a la renuncia, y por ende, a sus más elevados sentimientos e ideas, y también sabremos disculpar aquellas actitudes que les apegan a valores exclusivamente materiales y les atrofian las alas del alma.

No obstante, debemos puntualizar que disculpar los errores no implica compartirlos, pues no hemos de caer en cierta permisividad de moda que todo lo consiente y aplaude, sino alentar tan sólo lo que nos ennoblece y mantiene en la búsqueda de los más auténticos y elevados valores humanos.

La aceptación propia, que implica el reconocimiento sincero de nuestros defectos y virtudes, alejándonos de una visión subjetiva. Saber conocerse objetivamente es una de las capacidades menos abundantes en la actualidad, y ello a su vez nos impide la justa valoración de los demás.

(1) Bernabé Tierno: *El libro de los valores humanos*. (N. del E.).

Sólo quien ha desarrollado el autoconocimiento y la superación propia puede comprender con suficiente apertura de criterio a otros, pues sabe lo que cuesta erradicar una desviación, un defecto, un vicio, y transformarlo en una virtud.

La convivencia, que según la definición del Prof. Livraga, «*es el arte de vivir y dejar vivir*».⁽¹⁾ Hay que entender la convivencia como una meta muy difícil de alcanzar, a la que sólo llegan aquellos que viven con-vivencia, o sea, que tienen un cúmulo de vivencias internas, que reúnen la solera y madurez suficientes como para enfrentar sus dificultades. La vivencia necesaria para poder convivir se alcanza cuando además de enseñarnos la bien, la aprendemos bien, la hacemos nuestra y la ponemos en práctica cotidianamente.

La convivencia tiene un doble aspecto, el individual y el colectivo. Una vez más debemos hacer un trabajo en la esfera propia, para no ofrecer a otros nuestras carencias, sino los mejores frutos. Si nos anulan los propios altibajos, las inquietudes, las amarguras, los sentimientos rastroseros, posesivos, egoístas, poco podremos aportar a los demás, y al no sentirnos a gusto con nosotros mismos, desestabilizaremos la convivencia. Es preciso aprender a olvidarnos de nosotros mismos en beneficio de los demás, y adquirir la capacidad de superación y de reimos de los propios fracasos, para acercarnos desde la convivencia individual a una relación sincera y fructífera con los demás, es decir, a la convivencia colectiva.

La cortesía, que pretende mantener unos modales, como aquellos que eran propios de las cortes de antaño, en que ciertas pautas de conducta —cuando no eran aun fingidas— ayudaban al trato correcto entre las personas.

(1) Cita literal extraída del artículo «Hacia una nueva convivencia», que aparece en la pág. 67 de este libro. (N. del E.).

Cuidar las formas corteses es necesario para alimentar la tolerancia y la convivencia, pues dejan entrever los sentimientos de aprecio y de respeto a los otros, ya sea a través de un saludo afectuoso y sentido, de unas palabras de apoyo, de la deferencia de los alumnos hacia los profesores y viceversa, del trato amable del hombre hacia la mujer —pues siendo caballero las considerará como damas—, y a la inversa, de manera que unos y otros vivan más pendientes de los demás que de demandar atenciones para sí.

La concordia, que ayude a vivir fraternalmente, partiendo de valores que no surjen de la esfera individual, sino de ver en los seres humanos la esencia común, ese hábito profundo que evoluciona hacia la perfección, hacia el saber, hacia Dios. Vivir la concordia es «vivir corazón con corazón», formando, como la misma palabra indica, una cuerda en que estemos fuertemente unidos, mirando en un mismo sentido, buscando un destino compartido.

La solidaridad, que nos impulsa a compartir, a aportar algo valioso de nosotros a los demás, y no únicamente lo que nos sobra. Hace falta una solidaridad que no trate tan sólo de poner parches en los males de otros, que no prime sólo la ayuda humanitaria material, que no entregue sólo peces, sino que les aporte también la caña de pescar a los desheredados de la tierra... Esa solidaridad debe también llenar conciencias vacías, alimentar sueños y esperanzas, capacitar en oficios, instruir filosóficamente en el amor y respeto a los demás, enseñarles a construir un mundo fraterno...

Ninguna política de solidaridad que no hunda sus raíces en lo profundo de las conciencias podrá perdurar, y será «pan para hoy pero hambre para mañana». Del mismo modo que sobran ecologistas de pancarta y manifestación, hacen falta voluntarios que ofrezcan parte de su tiempo para aportarlo por bien de los

demás, para ayudar en lo realmente importante, y además fundamentar los cimientos de una cultura rica en valores humanos, sobre los que se yergan hombres capaces de crear un futuro mejor. Y este voluntariado consciente de los demás, esta herramienta —por más que se la juzgue teórica por aquellos que la desconocen—, sólo tiene un nombre: «filosofía», que nos ha de llevar al conocimiento humano, y ha de estar basada en una concepción ética, sin arbitrariedades políticas ni religiosas.

En efecto, el mundo no será mejor porque lo gobiernen grandes tecnócratas o profesionales, o personas de un signo u otro, ya sean musulmanes, cristianos o budistas, sino porque esté regido por hombres capaces de creer en el «ser humano», que sepan discernir y ver lo bueno, lo bello y lo justo, y no alienten las luchas políticas ni religiosas que tanto daño han hecho a la Humanidad.

Los síntomas de la intolerancia

Existen muchos indicadores de la intolerancia, que lamentablemente nos son familiares y forman parte del ambiente viciado que respiramos. Citemos algunos:

El racismo, ya sea físico —en que no se admite a seres de otras razas— o de ideas y espiritual, en que todos creen tener las mejores ideas, o el mejor de los dioses y que concluye en el falso tópico de la «religión verdadera». De haber nacido en otro lugar o en otro siglo hubiéramos tenido indefectiblemente otras ideas u otra religión, de ahí que el dios que creemos auténtico sea bastante circunstancial. Los hombres de todos los pueblos han creído en un dios, o varios, y en nombre de su dios han matado

muchas veces o llevado a la hoguera a muchos semejantes. Este racismo de ideas o principios es la primera fuente de disensiones entre los hombres. Creer en una religión no puede hacernos subestimar a los demás; el conocimiento histórico nos demuestra además que ninguna de ellas ha perdurado más de unos pocos milenios.

El egocentrismo, que nos induce a valorar todo desde el prisma de lo personal y pensar únicamente en el beneficio propio.

La cerrazón mental, no admitir otras opiniones para sopesarlas y extraer de ellas lo válido que puedan tener. Es no tener capacidad de mantenerse fiel a unos principios firmemente arraigados pero conservar una capacidad de eclecticismo que nos permita admitir las ideas ajenas y revisar las propias, para ir sustituyendo en nuestro interior las caducas por otras nuevas que puedan sernos válidas y que nos aporten frescura y renovación.

A su vez, la cerrazón mental también es un caldo de cultivo de otras actitudes intolerantes como:

El fanatismo, de creerse en la verdad y no admitir los esquesmas de otros. Esta intransigencia es fruto de haber adoptado ideas sin meditarlas ni sopesarlas, a fuerza de repetir las sin juicio alguno.

La falta de compromiso, que consiste en no asumir deberes y sentirnos poseedores únicamente de derechos. De la falta de compromiso nace la abulia, el conformismo, y el apoyo indirecto e inconsciente al mantenimiento de las injusticias. Para comprometerse hay que concebir una responsabilidad por omisión. Quien se compromete no permanece inerte sino actúa, toma partido, se define.

La permisividad, consecuencia de la falta de compromiso, es un defecto frecuentemente disfrazado de virtud que nos induce a admitir todo, o al menos a consentirlo, lo cual concluye en la ausencia de una escala de valores que nos impide distinguir lo bueno de lo malo. Si somos permisivos en nuestros afectos, en nuestras relaciones, en el trato con el prójimo, lo que de ello resulte será correcto sólo casualmente y estaremos siempre en manos del azar.

La contaminación y manipulación ideológica y política, en virtud de la cual recibimos constantes noticias que son pura propaganda para abanderar movimientos en pro de la tolerancia, y dar publicidad a algunas ONG's que tras recibir ciertas subvenciones desaparecen, pues sólo eran un apartado postal sin realidad fáctica. Con todo ello, se siembra el mundo de la palabra «tolerancia» desgastándola, vaciándola de contenido, y se crea el recelo entre los conciudadanos, que echan en falta actividades y resultados, y observa cómo se buscan chivos expiatorios mientras todo sigue igual tras la ola de una verborrea demagógica. Así se nos venden falsos ideales, que no pasan de ser simples devaneos, proyectos sin intención de hacerse realidad.

¡Someted a los falsos adalides de la tolerancia a la prueba del tiempo y veréis cuántos se quedan en el camino! Y si además tuvieran que ejercer sus ideas los domingos reduciríais el cupo, y si tuvieran que aportar parte de su tiempo diario menguaría aún más, y si tuvieran que hacer un aporte económico os quedaríais solos..., pero tal es el sino de los hombres. Hoy de quien da se dice «que le han debido lavar el cerebro», y un sinfín de pseudoidealistas con el cerebro aún sin mancha, limpio a fuerza de no tomar compromisos, campean a sus anchas.

Constantemente se hacen declaraciones políticas que no comprometen en conciencia, sino que suman puntos tan sólo de

cara a la galería. Se hacen promesas de corregir lo que no funciona, y las víctimas de estos engaños urdidos por los prohombres de la patria, que debieran ser un modelo de valor y de entrega, empiezan a contagiarse de esta epidemia de engaño, y su decepción y desencanto les hace alejarse de los nobles ideales en que antaño confiaban.

Causas de la creciente intolerancia

Es complejo definir una causa única que explique por sí sola la aparición, cada vez más frecuente, de los síntomas de la intolerancia, pero sí pueden destacarse tres factores principales de nuestro momento histórico que son caldo de cultivo idóneo para que aflore la intolerancia:

La pérdida de valores del mundo actual, donde la búsqueda del bien-estar nos aleja de la cultura del bien-ser. Se mantienen a duras penas las formas pero carecen de un fondo auténtico. Al igual que los edificios crecen cada vez más, sin que ello signifique otra cosa que desarrollo técnico, hoy, atrapados por el progreso, nos desarrollamos pero no por ello evolucionamos.

La educación memorista y utilitaria, mediante la cual, en vez de asimilar materias, se las sorteas como vallas de una carrera de obstáculos, y se entregan diplomas y títulos que han de servir sólo para engrosar un currículum. Esta frenética actitud nos aleja de comprender realmente, de madurar como seres humanos y tener criterio propio. Se fomentan habilidades y cualidades, pero no se enseña psicología, filosofía, y otras ciencias humanistas, sino como rellenos en una educación utilitarista.

La limitada concepción actual del ser humano, al que no se considera un alma que hace su paso por la vida física, sino un cuerpo que tal vez tenga alma, aunque de ello no se nos ofrece seguridad. Esta burda concepción no repara en que un alma puede tener anhelos profundos, sueños, sentido de búsqueda de la perfección y amor a los demás, y en cambio un cuerpo apenas busca su propio confort, y ama en tanto no se trastoque su bienestar.

¿Cómo educar para la Tolerancia?

Es necesario, para comenzar, ir eliminando las causas, ya citadas, de la aparición de la intolerancia. Se precisa por lo tanto una nueva concepción del ser humano y de su misión en la tierra, y ello implica una nueva educación, sin improvisaciones, meditada y sopesada a conciencia que se apoye en los siguientes pilares:

Principios éticos que nos permitan valorar lo interno y espiritual, y nos motiven a demandar un poco más de ética a nosotros mismos y a quienes nos dirigen. No olvidemos que de un ser humano mejor han de surgir también mejores dirigentes.

Huir de concepciones exageradamente materialistas, para evitar un excesivo apego al dinero, al status y al éxito vacío.

Estos apegos en grado superlativo han degenerado en la lamentablemente popular «cultura del pelotazo» que preconiza la adquisición de riqueza y prestigio rápido y abundantemente, sin reparar

en los métodos para lograrlo. Esta imagen del triunfador es tremendamente peligrosa, pues refuerza el sentimiento competitivo y egoísta que redundará en la intolerancia y la separatividad.

Debemos aprender a **desconectar de la mentalidad competitiva permanente** que se nos pretende inculcar desde ciertos entornos y asumir que los demás no son siempre competidores a los que vencer, para empezar a considerarlos desde otras perspectivas más solidarias. Asimismo, es necesario valorar los verdaderos ideales, y a los idealistas que asumen cuotas de compromiso consigo mismo, con los demás y con la sociedad en que viven.

El conocimiento de diversas culturas y tradiciones, de oriente y occidente actuales y extinguidas, pues son el bagaje del hombre en su paso por la Historia, y aportan una riqueza cultural con que complementar nuestra concepción monotemática de la vida y la sociedad.

El conocimiento comparado de las distintas religiones, pues a veces intencionadamente se nos ocultan, para alentar la creencia de que «la nuestra es la única verdadera». Cuando una religión considera así a las restantes, adquiere automáticamente el defecto de ser intolerante. Las religiones son los pasos que el hombre ha trazado en su caminar hacia Dios. Un Dios que está mucho más allá de lo que podemos comúnmente abarcar, y que tal vez ninguno de nosotros llegue a concebir en toda su extensión. Un Dios no hecho a imagen y semejanza del hombre, con sus defectos e iras, sino más elevado y misterioso. Los espíritus cultos han de entender que toda religión es un patrimonio de la Humanidad que se debe respetar y preservar.

Formar hombres con profundo sentido humanista y riqueza interior.

Fomentar una tolerancia activa y comprometida.

Comprender que las diferencias humanas son enriquecedoras y nos permiten aprender. Considerar las diferencias de color, de raza, de nacionalidad, de sexo, y de condición social como elementos que ponen a prueba nuestro sentido de fraternidad. Admitir que somos diferentes en personalidad y en nuestro aspecto externo (pues no aceptarlo resulta hipócrita) pero no interior, en donde unidos por los más altos valores, las divergencias materiales se anulan en virtud de nuestra común condición de Seres Humanos.

Forjar verdaderos «ciudadanos» comprometidos con su sociedad, la cultura de sus ancestros y un sentido de Estado elevado, desterrando las meras administraciones y el nuevo sentido gregario de individuos en pos de interesados fines.

La definición de los valores fundamentales o arquetipos humanos, pues la verdadera problemática sobre la tolerancia radica en ponerse de acuerdo en qué valores son propios del ser humano y cuáles le son ajenos. Hay valores que no admiten discusión (matar es indigno), y otros que en nuestra época se cuestionan (eutanasia), así como falsos valores de los que se hace propaganda de manera interesada.

Algunas materias controvertidas, como la eutanasia, el aborto, el suicidio, el sentido del honor, el sentido de patria, la ética, etc., deberán debatirse detenidamente con una profunda fundamentación filosófica para que sean protegidos de manipulación partidista e interesada... He aquí serios dilemas que nuestra sociedad tendrá que debatir y éstos son ejemplos de la dificultad en poner al ser humano de acuerdo en asuntos fundamentales. Mientras continúen las discrepancias, será complicado plasmar una tolerancia activa.

Conclusión

La pequeña convivencia en lo individual nos ha de llevar a la convivencia colectiva; la correcta educación para la tolerancia en los más mínimos detalles nos hará evitar las penosas consecuencias del racismo y de las guerras.

La cortedad de miras, los ideales incompletos que se restringen sólo a la propia etnia, la tribu, el clan, alientan delirios nacionales que, instalados en diminutas regiones, crean fronteras de acero que impiden la unión. Es necesario superar todas estas fronteras de la razón especulativa, del interés egoísta y de todos los «ismos» que tanto daño han causado a la Humanidad.

Tengamos la mente y el corazón limpios para decir y para sentir que siendo diferentes buscamos un destino común, al que llegaremos mediante la tolerancia y la voluntad para formar sociedades donde se desarrollen hombres mejores en el futuro.

Ramón Sanchís Ferrándiz

HACIA UNA NUEVA Convivencia

«La convivencia, cuando voluntaria y consciente, es el arte de vivir y dejar vivir.»

Este arte es más difícil de lo que parece a primera vista, pues implica, a distintos niveles de la conciencia, elementos tan esenciales y antiguos como el instinto de supervivencia, de propiedad, de rol y de sexo.

Es, en su máxima síntesis, una lucha a muerte entre la Conciencia Espiritual y la Existencia Animal. Es el viejo mito que se representó entre los pueblos de todos los tiempos, desde el Kurushetra del Mahabharata hasta el de San Jorge y el dragón.

La convivencia es una prueba para todos nosotros. Lo es, incluso, en el Sentido Iniciático⁽¹⁾ de este concepto, como Prueba

(1) Decir que la convivencia es una prueba en el Sentido Iniciático significa conferirle una gran relevancia. Recordamos al lector que las pruebas iniciáticas eran las que debían superar los discípulos que aspiraban a convertirse en iniciados, en las cuales debían demostrar unas capacidades espirituales muy superiores al común de los humanos. En nuestra limitada concepción occidental, entendemos que un iniciado es aquel que recibe las órdenes menores y comienza a ser instruido en la alta metafísica. En la cultura oriental, implica además que el discípulo que aspira a ser instruido en los Misterios debe demostrar continuamente su valía humana y espiritual superando sucesivas pruebas de la más diversa índole, de manera que la vida de un Iniciado se convierte en una prueba perpetua. (N. del E.).